

Italia, después de haber intentado conmovérse en el año de 1821, á pesar de que estaba oprimida por las bayonetas de sus señores, había sido restablecida en el órden antiguo. El Austria había continuado su marcha política, pero sin impedir la prosperidad material de los campos muy fructíferos que ocupa, y el Piamonte se esforzaba en cicatrizar las heridas que afligian á la nación. Después de la muerte de Carlos Félix se sentaban bajo el régio dosel la nueva rama dinástica de Saboya-Carignano (1), y un monarca joven. edu-

punto, nos dirán tal vez los socialistas. "El pueblo se encuentra en un estado de abnegación y miseria; ¿cuáles son, pues, sus ventajas? ¿Qué ha ganado hasta ahora? ¿Cuál será su porvenir? La solución de estas preguntas se encierra en estas palabras: el pueblo ha ganado la posibilidad de mejorar, porque no existen ya leyes positivas, que lo diferencian de las demás clases." Para verificar hoy reformas útiles, no se necesita un cambio radical, sino modificativo, el cual, sin embargo, será tal, que cambiará necesariamente el mapa de Europa. Es cierto que los hombres fraternizan entre sí, y que aun cuando la diferencia de opiniones políticas y religiosas, ó añejas preocupaciones inducen á algunos pueblos á odiarse, esto no impide que los individuos, considerados fuera del teatro político, se tiendan la mano, se abrazen, fraternicen, y lleguen hasta el punto de sacrificarse uno por otro. De aquí se deduce que el amor y la fraternidad de los hombres entre sí, son de derecho natural, y los odios nacionales accidentales; pues éstos últimos deben necesariamente desaparecer, y los primeros tomar formas más consistentes y robustas. Es esta la grande obra del progreso de la humanidad, y lo que no pueden impedir todos los déspotas de la tierra. Pero hay más aún, la Polonia y la Italia, que hoy yacen en un estado de completa y lastimosa abyección, están destinadas por la Providencia á resucitar la nacionalidad europea, lo que lejos de ser una profecía fantástica, es una verdad, porque está en el órden político y moral de la Europa entera. Los polacos y los italianos ocupan en el mapa europeo dos puntos muy á propósito para servir de barrera á una invasión septentrional; pues la paz y el equilibrio de toda Europa dependen de la independencia y de la consistencia política de estos dos pueblos. En efecto, desde que se verificó el reparto de Polonia, los pueblos del Norte están en continua alarma, porque no tienen seguridad política; y desde que Carlos V hizo desaparecer en su mayor parte la nacionalidad italiana, y el Austria adquirió una absoluta preponderancia en Italia, las revoluciones permanentes en aquella península han conmovido todas las altas potencias.

[Nota del traductor.]

[1] De Carlos Manuel I de Saboya nació Tomás Francisco, (1656) el cual casó con María de Borbon, heredera del condado de Soissons, y engendró á Manuel Filiberto, Amedeo, sordo-mudo [1709] primer tronco de los príncipes de Carignano. De Eugenio Mauricio, su segundogénito y

cado en medio de las armas, de los estudios y de las esperanzas. En Nápoles sucedía á la corona, después del breve reinado de Fran-

do Olimpia Mancini, sobrina del cardenal Mazzarino, entrambos tronco de una nueva casa de Soissons, nació el célebre príncipe Eugenio. Del primogénito Víctor Amedeo, [1741] descienden, Luis Víctor Amedeo (1778) Víctor Amedeo (1780) Carlos, [1800] y Carlos Alberto, que nació en el año de 1798: sucedió en el trono el año de 1831, y le ocupó hasta Marzo de 1849.

Circuló en la época del reinado de este último la manifestación de un *italiano*, el cual, persuadido de que Carlos Alberto no era un rey vulgar, inepto y tirano, recordándole como en otro tiempo los esclavos le habían considerado su libertador, le evidenciaba en la dicha manifestación que en el estado en que entonces se encontraba no podía hacer otra cosa sino declararse tirano execrable, ó romper lanzas francamente con las potencias, declarándose constitucional y verdadero italiano, no bastando el introducir nuevas reformas, ya que se enemistaría con medidas semejantes al Austria, sin granjearse el afecto de los pueblos, cuando por el contrario, pronunciando una palabra libre y sincera podía ser rey de Italia." La manifestación decía: ¡Señor! ¿no habeis nunca echado una mirada sobre esta Italia... y no habeis dicho jamás, ella está llamada á grandes destinos? ¿No habeis contemplado nunca á aquel pueblo que cubre su superficie, todavía resplandeciente, á pesar de la sombra que estiende la servidumbre sobre su cabeza, grande por instinto de vida, por luz de entendimiento, por energía de pasiones feroces y necias por cierto, porque los tiempos sofocan las pasiones contrarias, y que sin embargo, no dejan de ser elementos con los cuales se crean las naciones? ¡Pueblo verdaderamente grande, pues que la desventura no ha podido abatirlo y quitarle la esperanza! Señor, no os ha ocurrido interiormente un pensamiento.—Saca, como Dios del caos, un mundo de todos estos elementos dispersados; reúne los miembros esparecidos, y pronuncia: *es toda mía y feliz; tú serás grande como Dios es Criador, y veinte millones de hombres esclamarán: ¡Dios está en el cielo, y Carlos Alberto en la tierra!*

¡Señor! Concebisteis ya esta idea; la sangre fermentó en vuestras venas; cuando se os ocurrió este pensamiento radiante de vastas esperanzas y de gloria, pasásteis en el insomnio muchas noches, no perdiendo de vista aquella única idea; y os hicisteis conspirador por ella.... Los tiempos entonces fueron contrarios; pero ¿por qué diez años y una corona precaria destruirían el pensamiento de vuestra juventud y el sueño de vuestras noches? ¡Diez años y una corona encenagarian de nuevo el alma que se paseaba sobre los reyes de Europa? ¡Oh infamia para vos! La posteridad lo perdona todo á un rey, á escepcion de la vileza; y ¿qué cosa es el hombre que puede ser grande y no lo es?....

"Señor! si vuestra alma ha perdido verdaderamente la vitalidad necesaria para los pensamientos fuertes; si no teneis reinando otro objeto que el de arrastraros en el círculo mezquino de los

cisco I, Fernando II (7 de Noviembre de 1825), joven también, el cual comenzaba su gobierno con auspicios muy halagüeños; á saber, dando una amnistía, y prometiendo cicatrizar las llagas.

Pero las revoluciones dejan siempre en los que han padecido el descontento y cierta sed de venganza; y en los que han triunfado, el deseo de represalias inútiles, después de las violencias necesarias (1). En efecto, fuera de

monarcas que os han precedido; si teneis el alma de un vasallo, entonces quedaos, encorvad el cuello bajo el baston tudesco, y sed tirano; pero tirano verdadero, porque la indicación de mover un solo pié más allá de la sombra designada, os hace enemiga aquella Austria que teneis....

"¡Señor! rechazad al Austria,—dejad atrás á Francia, rodeaos de una liga italiana.

"Poneos á la cabeza de la nación, y escribid sobre vuestra bandera: ¡Union, libertad, independencia! ¡Proclamad la santidad del pensamiento! ¡declaraos vengador, intérprete de los derechos populares, y regenerador de toda Italia! ¡Libertad de los bárbaros! edificad el porvenir! ¡dad vuestro nombre á un siglo! ¡Comenzad una era con vos! sed el Napoleon de la libertad italiana! La humanidad toda entera ha pronunciado: los reyes no me pertenecen; la historia ha consagrado esta sentencia con los hechos. Dad un mentís á la historia de la humanidad; obligadla á escribir bajo los nombres de Washington y de Kosciusko, nacidos ciudadanos: *Hay un hombre más grande que éstos, hubo un trono erigido por veinte millones de hombres libres, que escribieron en su base: A CARLOS ALBERTO, NACIDO REY, LA ITALIA RENACIDA POR EL!....*

"¿De qué teneis ahora? ¿Teneis al tudesco? Haced resonar en sus oídos el grito de guerra: atreveos á mirar de cerca á este coloso, compuesto de partes heterogéneas, minado en Gallitzia, en Hungría, en Bohemia, en el Tirol, en la Alemania; y que es fuerte, porque cobra vigor de la inercia ajena, y porque otro es débil. Haced resonar el grito de guerra y acometedle: el agresor posee inmensas ventajas sobre su enemigo. Una voz á los vuestros, una voz á la Lombardia y avanzad rápidamente. ¡Allí, en la tierra lombarda deben decidirse los destinos de Italia y los vuestros; en la tierra lombarda, que no espera sino un regimiento y un pendon para levantarse en masa; en la tierra lombarda que devorará á sus enemigos como en los tiempos de Federico, y triplicará vuestro ejército! Pero sed fuerte y decidido; renegad de los cálculos diplomáticos, de las intrigas de los gabinetes y de los fraudes de las negociaciones. Vuestra salud está en la punta de vuestra espada....

"Si no lo haceis, lo harán otros sin vos y contra vos...."

[1] Esta última expresión de nuestro autor es inexacta, y nos es menester aclararla con un breve comentario. La palabra *violencia* significa el abuso auxiliado por la fuerza, el cual no puede nunca sancionarse como acto de justicia. Pero todo lo que no es justo, no puede ser necesario, por-

la Península itálica vivía un crecido número de fugitivos, atentos á cada relampagueo de novedades, y fáciles en conseguir esperanzas; los cuales mantenian secretas inteligencias en el país con los restos de los carbonarios ó con otros descontentos. Las policías respectivas de las provincias italianas no dejaban de observar una vigilancia escrupulosa, y el papa en el año de 1826, renovó á instancias del Austria la escomunion contra las sociedades secretas, é instituyó además una comisión especial que procesó á veintiseis carbonarios. Pero cuando estalló la revolución en Paris, los otros gobiernos tomaron sus medidas, y se armaron sin haber previsto terminantemente contra quienes dirigirían la fuerza de las bayonetas; y á decir verdad, al lado de los liberales que tramaban, para que brotasen innovaciones mediante el pueblo, estaban también los *sanfedistas*, que pretendían asimismo la independencia de Italia, pero apoyándose en príncipes nacionales. Entonces circuló la voz de que algun gefe liberal trataba con el duque de Módena, para darle el dominio sobre toda aquella península, ó á lo menos sobre la parte que se llama Alta Italia. Sin embargo, es de notar, que en este tratado, ninguna de las partes contratantes obraba de buena fe.

Roma, que había sido restituida al papa con todas sus posesiones en el año de 1814, se regocijó sobremanera por haber recuperado entonces el Laocconte, el Apolo, la corte, las antiguas solemnidades y la lucrosa frecuencia de los extranjeros. Pio VII, aconsejado por su ministro Gonzalve, publicó un motupropio, en donde hablaba de centralización de los poderes, de unidad de sistema, de independencia, de la autoridad judicial y de

que si admitiéramos semejante principio, nos sería preciso admitir también que hay casos en que la injusticia puede ser disculpada y usurparse el nombre de justicia, lo que es un absurdo. Creemos, pues que estas palabras de César Cantú contienen un sentido misterioso, ó á lo menos encubierto, el cual puede esplicarse del modo siguiente. En las revoluciones, los que triunfan suponen que les es permitida toda especie de *violencias* para asegurarse las ventajas de la victoria, y también porque en el corazón de los hombres, que no son eminentemente virtuosos, la sed de venganza no se estingue sino después del trascurso de largos años. Sin embargo, diremos en honor de la verdad, que en los últimos acontecimientos políticos de Italia, los liberales, y hasta las mujeres, se mostraron generosos para con sus enemigos; pero esta observación no conduce á nada, ó cuando más, nos da á conocer que los italianos ignoran todavía el derecho de guerra, y que en sus aberraciones políticas no dejaron de entrever que á los pueblos que se les ha privado de sus derechos, no tan solo les conviene callar, sino también manifestarse cada vez más generosos para con sus enemigos, porque de esta manera tienen más mérito los sufrimientos.

[Nota del traductor.]

responsabilidad de los magistrados; pero estos preámbulos fueron desmentidos por la adición de los reglamentos, y los códigos prometidos no vieron jamás la luz. El Estado se dejó dividido en diez y ocho delegaciones, que formaban cuarenta y cuatro distritos y seiscientos veinte y seis ayuntamientos, según el sistema francés, el cual fué conservado también en el arreglo hacendístico, en las hipotecas, en el papel sellado y en el registro; pero no se secularizaron los empleos; no se prefijó el término de las apelaciones; no se constituyeron las municipalidades, ni se intentaron otras mejoras, cuya realización se exigía más y más desde que la dominación precedente había hecho experimentar, ó á lo menos presentir sus ventajas.

Leon XII, que sucedió en el pontificado, hizo examinar por varios jurisperitos el motu-proprio de Pío; propuso disminuir el peso de los gravámenes al pueblo con economías, y nombró también una congregación de Estado: pere bien sea que se arrepintiera ó que otro contribuyera á ello, la resolvió en una mera asamblea consultiva. Entonces volvieron á levantar cabeza las arbitrariedades de cada *dicastero* (1), las cuales Gonzalve había hecho desaparecer; se cambió el orden de las delegaciones y de los juicios; se dió mayor latitud á los derechos de las municipalidades, en cuyos consejos tomaban parte todas las clases, ocupando la nobleza un puesto distinguido; fué restaurada la jurisdicción episcopal; se dió á los eclesiásticos la facultad de formar los expedientes, y también la de juzgar los pleitos entre seglares, y de educar la juventud; se restableció el Santo Oficio; se extendieron los privilegios de las manos muertas; se abolieron los tribunales de distrito; se restableció el uso del idioma latino en los juicios y en las universidades; se confió á los jesuitas el colegio romano, y comisiones de clérigos y oficiales amedrentaron las legaciones durante la administración de Rivarola.

Eran causa de ruina y vituperio para el estado pontificio, los salteadores, que infestaban el antiguo país de los Volscos entre los Apeninos, las lagunas Pontinas y los montes de Albano y Túsculo. Estos países pertenecieron hasta el año de 1816 á la familia Colonna, que los educó tan solo en las armas para sostener sus rivalidades con los Orsini (2) y con los papas, los cuales no tenían ju-

[1] *Dicastero, dicasterio*, se aplica á un lugar cualquiera destinado á celebrar juicios, y también á una reunión de jueces ó á un tribunal entero; pero queremos notar que la acepción más admitida es la primera.

[Nota del traductor].

[2] Uno de los motivos más poderosos que ha contribuido en Italia á mantener siempre encendida la tea de la discordia, han sido las parcialidades, así políticas como municipales. Las dos familias *Orsini* y *Colonna* nos suministran desde tiempos remotos ejemplos muy tristes sobre el

risdicción ninguna en aquellos territorios, y daban tan solo un *breve* de clérigo á las personas probas para sustraerlas de la jurisdicción territorial. Los franceses destruyeron todo esto; pero los excesos de conscripción del año de 1813 produjeron el resultado de que aquellas poblaciones volviesen á ponerse armadas, y bandas de *políticos* hacían correrías contra Joaquín Murat. Bajo el dominio del gobierno que reemplazó á este último, las bandas cobraron atrevimiento, y obedeciendo á un jefe únicamente, armadas de piés á cabeza y llenas de reliquias, recorrieron los campos despoblados en tropel que llegaban hasta á cien personas, é infundían temor por do quiera, haciendo peligroso en extremo el tránsito desde Roma al territorio napolitano. Nadie osaba negarse á dar alojamiento y sustento á estos hombres formidables; repetidas veces el gobierno se halló en el duro trance de entablar pactos con ellos como entre iguales, y podía juzgarse afortunado cuando alguno de aquellos facinerosos se inclinaba á la penitencia, y suspendía su navaja ensangrentada, colgándola de la imagen de una virgen. Gonzalve se esforzó en esterminarles: y con este motivo se combinó entre los gobiernos napolitano y pontificio adoptar medidas enérgicas. El prelado con ánimo de lograr el intento, hizo lo posible para que aquellos malvados no encontraran salvación en el territorio napolitano; mandó quemar las casas y las aldeas en donde se alojaban, y últimamente consiguió su fin, y consagró una fiesta en conmemoración de haberles destruido. Sin embargo, no pudo satisfacer tan completamente sus deseos que no quedase todavía mucho que hacer al gobierno de Leon XII (1).

particular: entrambas dieron á Italia varones preclaros y también pontífices; pero agitaron el seno del catolicismo con sus manejos políticos y con su prepotencia feudal. En nuestra época estas dos familias no conservan ya sino la memoria de su antigua grandeza y el respeto debido á todas las grandes prosapias históricas.

[Nota del traductor].

[1] Lo que dice César Cantú es cierto, pero debe llamar aun más la atención, lo que ha sucedido hace pocos meses en el territorio romano, ocupado por los ejércitos extranjeros. Un asesino de profesión, llamado *Passatore*, viejo de cerca de ochenta años, lleno de canas, y con una barba hasta la cintura, puesto á la cabeza de otros bandidos, entraba á mano armada con sus compañeros en las aldeas y hasta en algunas pequeñas ciudades, imponiendo contribuciones forzosas á los habitantes, y devastando los campos y las casas de los que se negaban á satisfacer sus exigencias. Los franceses y los tudescos, después de haber puesto en juego todos los medios que estaban á su alcance para cogerle, no habiendo podido lograrlo, tuvieron que venir á capitulación con *Passatore*, prometiéndole no tan solo la seguridad de la vida, sino también la impunidad. Bajo estas condiciones se entregó, y fué llevado al castillo de

Nadie ignora la atmósfera mefítica y el aspecto triste que reinan en la desierta campiña romana que se extiende por doscientas mil hectáreas (1), la cual produce únicamente pastos naturales que no necesitan el brazo del hombre ni gastos para su cultivo. Se han juzgado, pues, inútiles todas las providencias parciales y los derechos gubernativos no dictados sobre el particular con madurez. En el año de 1829, una sociedad extranjera se ofreció á tomar en arrendamiento toda aquella campiña, obligándose á pagar al gobierno un canon anual, y á cada propietario una renta igual á la de que entonces disfrutaba, y á devolver después de cincuenta años los terrenos mejorados. En este período de tiempo, la sociedad labraria el campo, secaría las lagunas Pontinas y las de Macarese y Ostia; haría navegables el Tíber y el Tiberino por toda su longitud, proporcionando de este modo un desahogo á las producciones de la Sabina; construiría aldeas con iglesias, escuelas, hospicios y caminos; utilizaría las aguas minerales y sulfúreas, y establecería campos de experimento para introducir productos nuevos, como el añil, la caña de azúcar y otros. Todos estos trabajos se harían por los mismos paisanos alojados en sitios saludables, y á quienes se despediría en los meses en que el aire pestilencial no permite el ejercicio de trabajo ninguno sin grave peligro higiénico.

Pío VIII (Javier Castiglioni), que sucedió en el pontificado (31 de Mayo de 1829), acogió con alegre ánimo estas proposiciones; pero quedó todo en proyecto, porque hubo personas á las cuales convenía impedir su realización. Muerto en breve el pontífice, el in-

Santangelo. Los jefes del ejército francés, después de haber discutido seriamente sobre el particular, dijeron, que no se le podía castigar de ninguna manera, por haber celebrado con él una negociación con todas las solemnidades de un tratado de paz. En efecto, le participaron, que podía salir de su prisión cuando mejor se le antojara; pero *Passatore* contestó con un rasgo de generosidad, digno de un héroe, "que no podía ni quería aceptar la libertad, si antes no soltaban también de la prisión á dos de sus compañeros que habían sido presos." Este hecho tan singular, nos trae á la memoria una gran sentencia de Aristóteles, la cual puede tener una aplicación muy directa al cuerpo social. Dice este filósofo que "no puede existir ninguna sociedad, aun cuando sea clandestina ó criminal, sin leyes permanentes escrupulosamente ejecutadas, y que este principio no sufre escepción ninguna aun cuando se hable de una sociedad de bandidos y salteadores." Es, pues, una consecuencia necesaria, que en un país en donde prevalecen los abusos y las trasgresiones legales, debe suceder tarde ó temprano un sacudimiento político para que todo entre en el orden debido.

[Nota del traductor].

(2) Especie de medida que se aplica únicamente á las tierras y que equivale casi á una yugada española.

terregno fué tumultuoso, no tan solo por los manejos de los embajadores extranjeros; que pretendían mandar ó escluir las elecciones en el cónclave, sino también porque la ciudad [30 de Noviembre de 1830 de Roma intentó sublevarse con objeto de introducir innovaciones en el gobierno. En medio de tantas turbulencias fué elegido papa Gregorio XVI [2 de Febrero de 1831], el cual tomó franca y libremente á la faz de la Europa entera, los empeños que eran necesarios para la unión duradera entre los intereses del trono y los de la nación (1).

Entre tanto la Francia prodigaba estímulos y promesas á los italianos que maquinaban contra sus gobiernos, porque era su especial interés, que la potencia preponderante en la península itálica, se viese obligada á ocupar en aquel mismo país las armas, que había afilado contra la nueva revolución. Laffitte había pronunciado en la tribuna estas palabras: "La Francia no permitirá que sea violado el principio de la No intervención [1.º de Diciembre]," y Dupin añadió: "si la Francia reconcentrándose en un frío egoísmo, hubiese dicho que no intervendría, se le podía culpar de cobardía; pero diciendo, que no sufrirá que se intervenga, su actitud es la más noble que puede tomar un pueblo fuerte y generoso." Los patriotas italianos creyeron, pues, que el origen democrático de la nueva monarquía era una especie de fianza de que sostendría una revolución de la misma índole, la cual, se veían precisados á emprender, empuñando las armas, porque carecían de toda representación nacional, y estaba prohibido el derecho de petición; mientras que por otra parte se castigaban los comunes deseos como rebelión. En Módena se había dispuesto todo para un gran movimiento revolucionario, pero el duque previno á los rebeldes, y acometiendo á los conjurados que estaban reunidos en la casa de Ciro Menotti, los cogió (3 de Febrero de 1831). Habiendo, sin embargo, sabido al día siguiente, que Bolonia se había insurreccionado, se refugió en el territorio mantuano, llevando consigo al jefe Menotti, que entregó al Austria, mientras que en su país fermentaba la revolución [2]. Bolo-

[1] Respuesta del embajador Lutzow al señor Seymour, 12 de Setiembre de 1832.

(2) Nuestro autor no hace más que indicar los asuntos de Módena, considerando tal vez que es uno de los estados más pequeños de la península itálica, y una especie de feudo del Austria; pero en la época que vamos recorriendo, la revolución de Módena tomó un carácter enteramente nacional, que abrazaba los intereses de toda la península; así que nos es preciso añadir algo al texto. El duque de Módena, que era á la sazón Francisco IV, aunque había manifestado siempre una índole muy cruel, había dado á conocer también que alimentaba el germen de una noble ambición, que le hacía anhelar el cetro de una monarquía poderosa, reuniendo las provincias italianas en un reino único. Los modeneses, con quie-

nia cumplió también la suya, que se extendió por toda la Románia, pero sin derramamiento de sangre, como todas las demás. El legado cardenal Benvenuti cayó en manos de los insurreccionados; Ancona se entregó á los coroneles Sercognani y Armandil, la ban-

nes correspondían muchos conjurados italianos, no ignoraban todo esto, y sabían asimismo que el duque no estaba dotado de talentos elevados y de mente robusta; pero creían que halagando su ambición les serviría de instrumento para lograr el grande objeto que se habían propuesto de la independencia italiana. Ciro Menotti, joven que descollaba por sus talentos, que tenía aquel arrojo tan necesario para llevar á cabo los grandes proyectos, y que disfrutaba la plena confianza del duque, á pesar de que dudaba de su lealtad, cerrando los oídos á las insinuaciones de otros conjurados, que lo advertían á no confiar sus secretos á Francisco IV, le abrió con ingenuidad fraternal su corazón. Es cierto, como lo publicaron entonces algunos de sus compatriotas, que Menotti y el duque en su última entrevista, que se verificó en la biblioteca particular de éste, juraron mutuamente salvarse la vida, cualquiera que fuese el resultado de la gran revolución ya preparada. Pero Francisco IV supo poco después, que Francia había asegurado á Metternich que permitiría la intervención del Austria en Italia; por lo que, habiendo perdido toda esperanza de ser proclamado rey de este país, arrojó la máscara de liberal, y se declaró abiertamente enemigo de aquellos mismos que se habían fiado en su firmeza y lealtad; los cuales, viéndose ya comprometidos, apresuraron el golpe y se insurreccionaron. Estalló entre tanto la revolución de Bolonia, y entonces Francisco, como dice César Cantú, abandonando su ducado, se refugió en el territorio de Mantua. No pudiendo llevar consigo en esta circunstancia á todos los conjurados que estaban presos, no quiso dejar á Ciro Menotti, tanto porque temía que sus revelaciones pudiesen perjudicarle sobremanera, como porque conocía que era un medio muy eficaz el sacrificio de Menotti para granjearse las simpatías del Austria. En efecto, aquel desventurado perdió la vida en el patíbulo. Desde entonces el duque de Módena se convirtió en director de policía de toda Italia, y regresando á sus estados, el Austria le confió sus altos designios. Francisco IV en esta ocasión se manifestó cada vez más adicto al emperador, y celoso en ejecutar sus encargos hasta el punto de que en el lecho de muerte dijo á su hijo las palabras siguientes, que transcribieron los periódicos franceses: "No des nunca tregua á los liberales; persíguelos á todo trance, no te apartes del Austria; sé su más fiel vasallo.... y con esto pasó á mejor vida."

Los pormenores de la revolución de Módena y de la funesta suerte de Ciro Menotti, se encuentran en un pequeño opúsculo publicado en París, hace algunos años, por el señor don José Ricciardi, titulado: *Glorie é sventure* [Glorias y desventuras], y con más extensión en un libro anónimo dado á luz en Italia "sobre la vida y la conjuración de Ciro Menotti."

[Nota del traductor].

dera itálica ondeó en Olricoli, á 15 leguas de Roma, y la ex-emperatriz María Luisa abandonó á Parma y Plasencia insurreccionadas.

Tomando incremento de esta manera una conflagración general, la Grecia cobraba valor; España y Portugal volvían á levantar sus pendones abatidos; la Alemania creía llegado el tiempo á propósito para obtener lo que le había sido prometido y no cumplido; la Suiza había empezado ya anteriormente á reformar sus estatutos en sentido popular, y en Inglaterra el grito de los radicales que exigían libertad, se mezclaba con la voz terrible de la plebe que pedía pan.

CONGRESO DE LONDRES.—REACCION.

Todos estos pueblos sublevados dirigían sus miradas á Francia, como salvadora prometida. Desde aquel país había venido medio siglo antes un gran sacudimiento, mediante el cual aquellos mismos, que no habían adquirido la libertad, habían quebrantado las cadenas de la servidumbre. ¡Quién no recordaba aún las victorias irresistibles de Bonaparte! ¡El pendon tricolor tendría un éxito menos glorioso porque no se enarbolaba ya por la mano de un conquistador, sino por los esfuerzos de la libertad, no para amenazar la independencia de los pueblos sino para restituírsela!

Todos se alimentaban con tan bellas y halagüeñas esperanzas; pero Francia no tenía á la cabeza la antigua Convención, sino á un rey que pertenecía á una monarquía nueva, que había encontrado mas bien que buscado, aceptado mas bien que pretendido; y con la cual se le había brindado, porque se había creído que esta era una necesidad y un refugio. La nación, pobre en recursos políticos consuetudinarios, desprovista de instituciones independientes, duraderas y consagradas por la opinión y los hábitos nacionales, se veía aislada en medio de émulos que espían todas sus faltas para sacar partido de ellas; desguarnecida de armas, mientras que sus enemigos tenían una provision formidable de ellas, y debilitada interiormente por haberse visto precisada á poner en los empleos á amigos suyos en reemplazo de los adictos á la dinastía caída: lo que producía una interrupción en la marcha gubernativa, cuando necesitaba cabalmente mas prontitud y fuerza. En el primer sacudimiento era muy natural, que prevaleciera el partido de la agitación, y se manifestaran simpatías para con todos los oprimidos, bien fuesen los condenados en Espielberg ó en Siberia, bien fuesen los pueblos privados de su nacionalidad ó engañados en sus esperanzas. Pensábase á la sazón en estender las fronteras de Francia hasta los Alpes y el Rhin; lo que no podía menos de producir una guerra, que daba á conocer la necesidad de apoyarse en el afecto de los pueblos. Los clubs ruidosos y arriesgados, como sucede siempre con respecto á los que no tienen nada que perder, y ambiciosos de

una popularidad que se adquiere con las exageraciones, escitaban á prodigar promesas de auxilios á cualquiera que intentara sublevarse; á rasgar los vergonzosos tratados de 1815, y á proclamar una santa alianza de los pueblos contra la de los reyes. Pero si algunos consideraban la revolución como un restablecimiento de los principios proclamados en el año de 1789, otros no advertían en ella mas que una fuerza modificativa de la restauración, y creían que convenia conservar las cosas y las personas.

A Luis Felipe interesaba sobremanera ser reconocido por los otros monarcas, y consolidar su propia dinastía respetando las demás; por lo cual en vez de reunir aquellas resistencias esparcidas para alcanzar un grande objeto europeo, calculó que le convenia mejor sosegar á las potencias, aventajando á Francia y á su propia familia. Nadie negará que salió airoso en su intento. Casimiro Perrier, creado ministro, apostrofó á la cámara turbulenta; declaró ser su intencion abatir las facciones y no alargar la mano á los sublevados, porque la sangre francesa, decía, no pertenece sino á Francia; haber sido fundamento de los hechos de Julio la resistencia á la agresión respecto de la fe jurada y del derecho, y no el espíritu revolucionario; por lo que toda apelación á la fuerza en el interior, y el fomentar de cualquiera manera la insurrección popular en el exterior, debía reputarse como una violación del derecho; y últimamente sostenía, que la política exterior se enlaza con la interior, siendo pues, único el mal para entrambas, á saber, la desconfianza, único debía ser el remedio.

La Santa Alianza, á pesar de su heterogénea composición, pudo subsistir por largo tiempo aún, porque la Europa estaba cansada de guerras (1); y esta especie de congreso

(1) Las victorias de Napoleon, que deslumbraron á toda Europa acarrearón en pos de sí inconvenientes muy graves para la humanidad. Establecieron un despotismo cual nunca se había visto; destruyeron los residuos de la confianza que existía entre las naciones; alteraron el equilibrio europeo, y debilitaron aquel entusiasmo tan necesario al espíritu patriótico. Dice, pues, muy bien César Cantú, que la Santa Alianza pudo subsistir largo tiempo aún, porque la Europa estaba cansada de guerras." Sin embargo, es de notar, que disipado el prestigio de tantos triunfos, los pueblos anhelosos de libertad dieron á conocer á sus gobernantes, que cualquiera guerra entre una potencia y otra, podía convertirse instantáneamente en una cruzada popular; por lo cual los monarcas, queriendo precaverse de antemano, abandonaron las ideas de conquista, y respetaron el derecho internacional, aun cuando tuvieron motivos muy poderosos para romper las hostilidades. En efecto, desde entonces la diplomacia, á no ser por motivos muy extraordinarios, no ha acudido á las armas. Esto produce bienes incalculables á la humanidad, y á la madurez de las ideas, porque un pueblo victorioso y deslumbrado con sus

permanente, que contenía los gérmenes de un nuevo derecho público [1], sea cual fuere

triunfos, no reflexiona mucho en los asuntos que le tocan mas de cerca. Es cierto, que nosotros hemos presenciado en nuestra época guerras civiles y peleas parciales; pero éstas son consecuencias de causas particulares, y se pueden definir mas bien como motines ó asonadas, que como guerras formales. Los franceses, después de haber cambiado de dinastía, llegaron á comprender las verdades que acabamos de enunciar, y con este motivo, como ha indicado César Cantú en el texto, querían establecer una santa alianza entre todos los pueblos. La idea era colosal, pero ineficaz en nuestra época, porque se necesitan para realizarla las convicciones que todavía faltan. Sin embargo, es de notar en esta circunstancia, como hemos indicado en otra nota, que hoy los individuos de las naciones mas rivales no se odian, por lo que la Sexta Alianza, que pretendían entonces establecer los franceses, será la obra del progreso de la humanidad que lo absorberá todo.

Mirando las cosas bajo este punto de vista, creemos que cualquier hombre de orden, debe testar la guerra y abogar en favor de la paz. Por lo demás, la historia y la experiencia nos enseñan que los abusos, lejos de minar la opinión se minan á sí mismos; así que intentar contrarrestarlos intempestivamente con la fuerza, es un paso desafortunado, y con especialidad en nuestra época en que la política en toda Europa no es un misterio sino un objeto de discusión pública entre gobiernos y gobernados.

Sin embargo, se nos puede oponer como grave dificultad que las masas, bien por espíritu de rapia ó instigadas por personas que quieren pescar en río revuelto, estallan muchas veces en revoluciones. Este raciocinio no tiene base y es contrario á la experiencia, la cual nos da á conocer que cualesquiera que sean las circunstancias políticas de un pueblo y el número de las personas mal intencionadas, cuando un gobierno es justamente vigilante, se evitan los inconvenientes de toda clase; y nosotros, que detestamos la guerra, y nos horrorizamos á la sola idea de revolución, queremos llamar la atención de nuestros lectores sobre un hecho de mucha trascendencia y que hace al caso. Mientras que en los últimos acontecimientos políticos la Europa entera se encontraba en un completo trastorno, se disfrutó en Bélgica de la mas envidiable tranquilidad: el rey, las cámaras y el pueblo fraternizaban con una sinceridad sin ejemplo. En aquel país debían existir por cierto mal intencionados, porque en donde hay hombres hay vicios; pero estos últimos solo triunfan cuando la virtud sucumbe.

(Nota del traductor).

[1] César Cantú, que no se da á conocer tan solo como historiador en sus narraciones, sino también como filósofo y publicista, al hablar del congreso de Viena debía haber profundizado algo mas la materia. Dice, que aquel congreso contenía los gérmenes de un nuevo derecho público. Estas pocas palabras nos llevan á reflexiones muy serias, que no queremos pasar en silencio, porque pueden tener varias aplicaciones. La palabra de-